

# Habi, la extranjera, Sin otoño, sin primavera y Circo

Rolando Pérez Betancourt

Linda película (y no hay que temerle al adjetivo) el filme argentino de María Florencia Álvarez, **Habi, la extranjera** (ópera prima), con convincente actuación de Martina Juncadella en la piel de una muchacha de provincia que llega a Buenos Aires desde el interior del país. Historia de una transformación a partir de los descubrimientos de una joven ingenua tocada por la certeza de que algo en su vida debe cambiar, sin que sepa exactamente qué es, y aunque su mamá se quede esperando por su regreso. Un día la protagonista entra en contacto por casualidad con una comunidad musulmana, y el mundo descubierto la fascina de tal manera que decide inventarse una identidad y formar parte de él. Analía se convierte en Habiba y se verá inmersa en más de un enredo —incluido el amoroso— que la directora asume equilibrando eficientemente el drama con la comedia. Perfecto final con la muchacha abandonando la casa de huéspedes en la que ha estado viviendo (verdadera escuela de consternaciones) y que con esa puerta cerrada de la habitación y la llave colgando por dentro, hace recordar aquel cierre de determinante liberación femenina con que Ibsen puso punto final a su **Casa de muñecas**.

También en el apartado de ópera prima se presenta la ecuatoriana **Sin otoño, sin primavera**, de Iván Mora Manzano, impresionantes factura y fotografía para una primera película, pero lastrada por el inconveniente de que las historias individuales se diluyen en su compleja estructura. Idas y venidas en el tiempo que hacen que a la media hora del metraje, el espectador esté



Habi, la extranjera, argentina.



Circo, chilena.

identificando todavía personajes envueltos en dilemas existenciales de niño, bien con algunos trasfondos sociales. Tragos, piscina, sexo bastante, actuaciones disparejas y diálogos muy desiguales en su combinación de sentencias filosóficas y verdades de Perogrullo. Aislados buenos momentos y adivinables propósitos que en sentido general no cuajan, porque lo más importante de cualquier película es contar para que se le entienda. Al final, la casi certeza de ser una obra que se quedó a medio camino de lo que pudo ser, quizá porque el director se impuso narrar dentro de una estructura con la que finalmente no pudo.

Tras doce años de ausencia desde su último largometraje —la bien recordada **Taxi para tres**— regresa a la competencia del Festival de la Habana el chileno Orlando Lubbert con **Circo**, ambientada en el mundo de los trapecios y los payasos. La trama se ubica durante la dictadura de Pinochet. Varios hombres están a punto de ser asesinados sobre un puente, dos de ellos se lanzan a un río y logran escapar. Perseguidos por un asesino tan frío como calculador, que será una amenaza constante a lo largo de la trama, los fugitivos se verán obligados a integrarse a una *troupe* circense y renunciar a la vida en familia. Drama más sentimental que político, el filme recurre a las humoradas y a los tonos altamente sensitivos. Está claro que Lubbert apuesta por una realización que captive a eso que se denomina "un vasto público", y en tal sentido descuida tanto el transcurrir del tiempo en la historia como la dramaturgia; y conjuga algunas buenas ideas (la boda en el bosque con atmósfera de cuento de hadas) con caminos hartamente trillados por el melodrama.